

Films de Amor

EL TENIENTE DE NAVIO

NÚM
317



Henry Edwards
Anna Neagle

25
CFS.

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 Apellido 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sed. Cívil, Española de Librería-Barbana, 14 y 16-Barcelona

VOL VII

APARECE LOS LUNES

NÚM. 317

THE LIEUTENANT

EL TENIENTE DE NAVÍO

1932

Adaptación en forma de novela de
la película del mismo título, interpre-
tada por el actor

HENRY EDWARDS

Narración de HARRY BALTMORE

Exclusivas: MEYLER FILMS

Provenza, 231 Barcelona

INTERPRETES:

Albert Brück HENRY EDWARDS
Marta Arthar Anna Neagle

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA



THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION
500 FIFTH AVENUE, NEW YORK, N. Y.

PRIMERA PARTE

El carácter inglés, de por sí tan rígido, tan disciplinado podríamos decir, adquiere aún más fuerza dentro de la Armada. Allí se hace del honor una idolatría y del deber un culto fervoroso. La Armada inglesa es lugar donde suelen ingresar casi todos los miembros de la alta sociedad inglesa y cuya profesión realiza en el convencimiento de que ningún honor más grande puede caberle a un buen inglés que lucir el brillante uniforme de oficial de marina.

Albert Bricck era hijo de una de las más nobles familias de Inglaterra y desde sus primeros años demostró un gran deseo de ingresar en la Armada. Estudió afanosamente y tuvo la satisfacción de ver sus trabajos re-

compensados con el ingreso en la carrera que tanto amaba.

Su carácter afable, simpático en extremo, su figura y su porte distinguido, habían dado lugar a que fuese la admiración de las mujeres y el compañero ideal para sus amigos.

Sin embargo Albert jamás, dentro de su modestia, llegó a sentir el menor orgullo por aquellas deferencias y seguía siendo para todos el muchacho alegre y optimista, sin el cual una fiesta parecía imposible.

Entre todas las mujeres que trataba, todas ellas, como es natural, de la alta sociedad, Albert descubrió a una muchacha de dieciocho años, bonita, deliriosamente ingenua, cariñosa y cuya bondad pronto llamó la atención del teniente de navío.

Primeramente sólo fué una gran simpatía lo que inducía al joven marino a buscar continuamente la compañía de María, pero no tardó mucho tiempo, sin que la corriente de simpatía establecida entre los dos jóvenes se convirtiera en un sentimiento más íntimo, más dulce, un sentimiento amoroso, que unió a sus corazones con los hilos dorados de una esperanza soñadora.

Aquella pasión fué en incremento y llegó a constituir para los dos enamorados el principal motivo de sus existencias.

Nada parecía oponerse a la realización de



- Un marino inglés sin historia ninguna.

aquellas relaciones. Tanto la familia del uno como de la otra, hubieran aceptado con gusto aquella unión, pero, sin embargo Albert quería, antes de contraer matrimonio, lograr algo en su carrera que pudiese permitirle que

su nombre figurase entre los de los héroes de la marina inglesa.

Aparte de su amor, era aquella una obsesión del muchacho que en varias ocasiones se la expuso a su novia diciéndole:

- Un marino inglés, sin historia ninguna, puede casi decir que no es marino. Yo debo buscar la ocasión para enaltecerme ante tus ojos.

Pero el amor de ella era más egoísta, no comprendía otro deseo que el de tenerle a su lado y le decía:

- ¿Para qué necesitas ninguna clase de honores?... El mayor honor que puedes tener es que seamos felices el uno con el amor del otro.

Albert sonreía comprendiendo el cariño de su novia y estrechaba amorosamente sus manos diciéndole:

Eso está bien, para mí; pero es preciso que los otros, los que no somos nosotros, no tengan que achacarme nunca que he rehuído el momento poder hacer algo por mi Patria.

María, como hija del Almirante, no dejaba tampoco de comprender la razón que tenía su novia, pero ella no era bastante para que su orgullo de mujer enamorada se sobrepusiese e insistiese en su deseo de que Albert no se alejara de ella. Para convencerlo buscaba

todos los argumentos posibles y entre ellos le presentó el caso del comandante Rostand, quien en su vida no había tenido que moverse de Londres.

—Llévase razón — respondióle en una ocasión Albert —; pero yo que soy íntimo amigo del comandante, yo que siento hacia él un gran cariño, sé también cuán grande es su pesar. El comandante no ha tenido nunca ocasión de poder realizar algo que le distinga; estoy seguro que daría cualquier cosa por poderlo hacer.

Maria sonrió, como dudando de las palabras de su novio y éste le dijo entonces:

—Tú misma, sin darte cuenta del valor del comandante... ¿Crees que yo puedo consentir que llegue un tiempo en que dudes del mío?...

La muchacha lo miró sorprendida y el teniente de navío siguió diciéndole:

—Dentro de pocos días sale una expedición para Africa y el comandante Rostand ha pedido ser destinado al destacamento... yo también lo he solicitado.

—¡Tú! — exclamó ella extrañada —. ¡Sin haberme dicho nada?

—No he querido participártelo, porque temía que te hubieras opuesto. Sé el cariño que me tienes y este mismo cariño hubiera sido un impedimento para consentir que me alejase de ti.



—Te esperaré y sabré mantener mi cariño mientras viva.

Pero Maria aún tuvo una esperanza de hacerlo desistir de aquella empresa y le dijo:

—No importa que lo hayas pedido. Yo le diré a mi padre, que tiene la autorización.

—No debes hacerlo — respondió Albert —; primero porque ya sabes que nuestras relaciones han de continuar en secreto hasta que llegue el momento oportuno y además porque ya he sido destinado.

Maria calló, aun cuando interiormente no

podía dejar de experimentar cierto orgullo por verse amada por aquel hombre que renunciaba a todos los placeres y comodidades que le ofrecía la vida en Londres, para ir a buscar el peligro en aras de un sentimiento patriótico que ella sentía con igual fuerza.

Finalmente, no pudo menos que expresarle su pensamiento y le dijo sonriéndole amorosamente:

—Llévase razón, Albert... Debes ir y yo me siento orgullosa de ti... Te esperaré y sabré mantener mi cariño mientras viva.

Se despidieron los dos jóvenes y Albert se fué a su casa, para empezar a hacer los preparativos de la marcha.

CUIDADO !!!

que viene...

KING-KONG

SEGUNDA PARTE

Días después, Albert y el comandante Rosland salían con dirección a Africa, destinados a un pequeño destacamento de la costa.

La vida allí era por demás insustancial y monótona. Los días transcurrían con una lentitud desesperante, sin que nada viniese a alterar el curso de una existencia siempre igual.

La única alegría que experimentaba era cuando llegaba el correo. Cada uno de los destacados esperaba la llegada de la correspondencia con ese afán que se siente de saber noticias de un mundo que se ha vivido y que parece, sin embargo, sólo un sueño.

Las cartas que recibía Albert de María eran todas ellas una demostración más del cariño que por él sentía. En cada una de ellas la joven hacía protestas de su amor y Albert sentía

que, al correr de los días, su pasión por María se hacía más intensa y más fuerte.

El comandante Rostand también recibía cartas amorosas. Eran las que le dirigía Amy Armstrong, aristocrática dama inglesa, con quien sostenía relaciones desde hacía varios años, y con la que pensaba casarse tan pronto regresara a Inglaterra.

La amistad que siempre unió al comandante y al teniente de navío se hizo más íntima durante aquel tiempo del destacamento. Albert llegó a sentir por el comandante un verdadero cariño de hijo, y aquél, por su parte lo trataba familiarmente, como si en vez de subordinado fuese un familiar querido.

Mas, de pronto, la tranquilidad que siempre reinaba en el destacamento se vio alterada por ciertos rumores alarmantes. Los confidentes traían noticias de un próximo levantamiento de los indígenas y el comandante, como jefe del destacamento, tomó las medidas necesarias para impedir cualquier sorpresa.

Albert, que a los pocos meses de estar allí había llegado a aprender el idioma indígena, era el que actuaba de intérprete en todas estas confidencias y el que más se daba cuenta del peligro inminente que corrían.

En el destacamento solamente había un

puñado de hombres, los suficientes para mantenerse unas cuantas horas, en caso de ataque, hasta la llegada de refuerzos, pero si éstos no llegaban a tiempo, al final tendrían que sucumbir ante la avalancha que parecía, según las confidencias, que los atacarían.

Puso todos estos datos en conocimiento del comandante Rostand, quien le dijo:

—Es preciso poner en claro esta situación... Tendremos que salir a realizar una emboscada y saber que es lo que trama el enemigo.

Pero eso es muy peligroso — le respondió el teniente de navío —. Piense usted que es exponerse casi a una muerte segura.

El comandante se quedó mirando fijamente a su subordinado y al fin le dijo:

—Lo sé, pero es preciso que sea alguien quien salve a todos estos hombres. ¿Qué importa morir cuando se muere por la patria?... Yo mismo seré quien vaya a esa emboscada.

—Y yo! exclamó decidido el teniente —. Mi afecto a usted me impide dejarle ir con otra compañía que no sea la mía.

—¿Sabe usted que iremos completamente solos? — le preguntó el comandante.

—Sé que es imposible llevar a nadie. Por eso mismo le suplico que acepte mi colaboración en la empresa.

El comandante conmovido por el rasgo de Albert le estrechó la mano emocionado y le dijo:

—Mañana al amanecer saldremos para la costa... Hay que indagar primero y después dar la voz de alarma a nuestros barcos...

Quedó convenido en la forma que actuarían el día siguiente y durante toda el resto de la noche, como si los dos quisieran olvidar la aventura que tenían que realizar al otro día, no volvieron a hablar de ello.

Ya está a la venta
la 2.ª edición de

EL SIGNO DE LA CRUZ

La novela que con-
mueve al mundo,
basada en la gran-
diosa producción
PARAMOUNT

TERCERA PARTE

Al día siguiente, al romper el alba, el comandante confirió órdenes y mandó al segundo del destacamento y salió con el teniente de navío hacia las costas por donde se temía que viniese el ataque de los insurrectos.

Durante un buen rato caminaron los dos amigos sin que nada anormal detuviera su marcha, hasta que de pronto el albedo de una bala cruzó el espacio.

—Ese tiro iba dirigido a nosotros — exclamó el teniente.

—Indudablemente hemos sido descubiertos... Hay que hacer algo que burlamos la vigilancia de esos rebeldes.

Por lo pronto y como medida de precaución, los dos marinos se agazaparon tras las rocas y fueron adelantándose entre ellas para acercarse a donde pudieran ver mejor las

preparaciones del enemigo. Mas, apenas habían andado unos cuantos metros un segundo disparo hizo que el comandante lanzara un grito de dolor y cayese al suelo desvanecido. La bala había hecho blanco y Rostand tenía la frente bañada en sangre.

Al disparo siguieron otros más y Albert comprendió el peligro que corrían allí. Precisamente las rocas le brindaban un refugio seguro bajo ellas y el joven teniente ni corto ni perezoso cargó con el cuerpo del comandante y lo llevó hasta la hendidura de una de ellas.

Se hallaba en esta operación cuando sintió una voz que decía.

—Debían estar por aquí.

Era un indígena que acompañado de otro buscaban indudablemente a los que creían víctimas de ellos.

Durante un rato buscaron por allí y el que primeramente había hablado le dijo a su compañero.

—Habrán ido a la costa a pedir auxilio... Mientras yo lo busco ves tu para allí y evita que comuniquen con ningún barco... Deben desembarcar dentro de poco los víveres y podremos cojerlos desprevenidos...

Albert oía toda la conversación y aguardaba el instante propicio para salir e impedir que los marinos del cañonero hicieran el desembarco que podría costarles la vida.

Al cabo de unos minutos uno de los indígenas se ausentó y Albert salió de su escondite, con el fin de poder caer sobre el otro que había quedado de guardia. Esperó el instante en que el indígena estaba de espaldas a donde él estaba escondido, para salir de su escondite y lanzarse sobre el árabe.

La lucha duró unos segundos, pero fué una lucha horrible, desesperada. La salvación de cada uno estaba en la muerte del contrario y por eso luchaban con tanta furia. Por fin Albert consiguió asestar un golpe definitivo a su contrario, que cayó mortalmente herido al suelo. Con la rapidez propia del caso, Albert despojó al indígena de sus ropas y se las puso para poder despistar al enemigo. Un vez disfrazado de aquella forma, y sin preocuparse de la herida que llevaba en el brazo, se dirigió hacia la costa.

Precisamente en aquel momento llegaba una lancha mandada por un oficial, y Albert le gritó:

—No desembarquéis!...

El oficial, al ver a un indígena que le gritaba, se puso en pie y preguntó a su vez:

—¿Qué pasa?

—¡Que no desembarquéis! — le gritó de nuevo el teniente de navío.

En aquel momento el indígena que había ido para esperar la llegada de los marinos, al

ver qué Albert hacía aquellas señas se dio cuenta de que era un europeo disfrazado y se lanzó sobre él. Los dos se hallaban luchando en lo alto de una roca cortada a pico y el que cayera podía contarse perdido. Albert mientras luchaba seguía dando instrucciones a los marinos y les decía:

—Volved al barco y decid que vamos a ser atacados... Es urgente que envíéis refuerzos... No han corrido las comunicaciones...

La lucha que se acercaba volvió a recomprender el regreso hacia el barco, mientras que Albert se deshacía de su rival y con las mismas precauciones volvía de nuevo hacia donde había dejado al comandante para llevarlo al campamento. Su asombro fue grande cuando vió que había desaparecido el comandante. No podía comprender quién podría haberlo sacado de allí y temió por su vida.

La primera vez que se le presentaba la ocasión de hacer algo extraordinario, la primera vez que habría podido laurear su carrera de marino, la fatalidad se interponía y todo el honor le correspondía al teniente.

El comandante Rastand, al cabo de unas horas volvió nuevamente en sí y al sentirse herido volvió de nuevo al campamento.

Al verlo llegar herido, corrieron a prestarle auxilio y le preguntaron por el teniente.

—No sé, no sé de que me hablan—respondió el comandante.

Entonces se dieron cuenta de que desgraciadamente, a efectos de la herida, había perdido la memoria y no se acordaba de nada de lo que había ocurrido.

Albert había adoptado una resolución, la de dejar que todo el honor fuese para el comandante. Su cariño hacia él le impulsaba a aquel sacrificio, aun cuando él tuviese que pasar por un cobarde.

Por lo mismo, cuando llegó al campamento, el segundo jefe le preguntó:

—¿Dónde ha estado usted?

—Me quedé dormido—respondió el teniente—, después de haber andado durante varias horas.

—¿Y no se dio usted cuenta de que habían herido al comandante?—preguntó de nuevo el segundo jefe.

No—respondió el teniente—; el comandante siguió avanzando y por eso no he sabido nada de lo que ha pasado.

—¡Parece mentira!—le dijo el segundo jefe—. Un oficial de la marina inglesa jamás se porta de esa forma...

El teniente Albert bajó la vista, sin protestar de aquella actitud y siguió decidido a dejar al comandante todo el honor de aquel acto suyo.

CUARTA PARTE

Aquella misma tarde, los indígenas organizador el ataque al campamento, seguros de su victoria y se lanzaron al asalto del pequeño grupo de soldados que guarnecía el campamento.

Los que se hallaban en su recinto se sostenían heroicamente, aun cuando en el ánimo de todos estaba la idea de que sucumbirían al empuje de los asaltantes, de no recibir refuerzos oportunos.

Pero la orden dada por Albert al oficial de la lancha fué transmitida inmediatamente por el barco a que pertenecía y varios acorazados, avisados por radio se dirigieron hacia la costa africana. Al mismo tiempo una escuadrilla de aparatos recibió la orden de volar sobre el campamento y auxiliar a los que tan heroicamente se estaban batiendo.

La aparición de los barcos y aeroplanos, el ataque de unos y otros sobre los rebeldes hicieron que el pánico cundiese entre ellos y que huyeran a la desbandada.

Afortunadamente el campamento se había salvado, gracias al acto del teniente y que todos creían había sido realizado por el comandante.

Semanas después, en Londres, en casa del comandante Rostund se celebraba una recepción para festejar al comandante, a quien al día siguiente había de ser condecorado con la más alta distinción de la marina inglesa.

También asistía a la recepción Albert, pero se advertía en todos sus compañeros un deseo oculto de alejarse de su lado. El teniente advertía esta retirada de los que habían sido siempre sus amigos y sabía que el motivo había sido el de que estuviese pendiente el juicio sobre su conducta en Africa.

Se ponía en duda su valor y María sufría horriblemente, sin poder comprender qué es lo que había pasado en aquellas tierras. Estaba segura de que su novio le ocultaba la verdad y ponía especial interés en hacerle confesar lo que le pasaba.

Mientras que en la sala los invitados hablaban entre sí comentando cada uno a su modo la conducta del comandante y la del teniente, Albert y María se hallaban en la terraza y la joven le preguntó:

—Albert, ¿por qué me ocultas la verdad?
¿Qué verdad es esa que te oculto?—preguntó él sonriendo.

—La de tu conducta—insistió ella.

—¿Dudas tú también de mí?—preguntó dolorosamente el teniente.

—Ya no dudo—exclamó con firmeza la joven—. Estoy segura de que tú no has podido portarte como un cobarde... Pero también tengo la seguridad de que tienes un secreto y que por mantenerlo apareces como lo que no eres ante los ojos de los demás... ¿No ibas tú con el comandante aquel día?

—Sí—respondió secamente el teniente.

—¿Y dices que nada sabes de lo que ocurrió?

—Absolutamente — replicó el teniente—. Yo aproveché un descanso y me quedé dormido.

María sonrió pensativamente y exclamó:

—¿Creí que me amabas más?

—¿Dudas de mi cariño, María?—exclamó con vehemencia Albert.

—Tú tienes la culpa—respondió ella—. Te falta confianza en mí para confesarme el secreto que guardas... El mismo comandante Rostund se extraña de que tú hayas podido portarte así... Ya ves que sigue otorgándote su confianza.

—El es el único que no duda—exclamó



...la novia del comandante trata de consolar a María.

irónicamente el teniente— Tal vez sea también el único que me comprende.

—El y yo — exclamó con vehemencia la joven—. Aun cuando me digan que has sido un...

Calló sin atreverse a decir la palabra "cobarde" y su novio le dijo:

Podías haber terminado, podías haber dicho cobarde... Es una palabra que la oigo tan cerca de mí, que me parece que me persigue por todas partes... Es una palabra que la leo en los ojos de todos y me parecen que todos también la pronuncian al mismo tiempo.

—Pero—respondió María—, yo te creo un valiente, estoy convencida de que lo eres y jamás dejaré de amarte, sea cual sea la resolución que el Tribunal tome sobre ti.

—¿También tu padre piensa lo mismo?—preguntó Albert.

—Papá no se decide a pensar nada. Espera noticias más concretas y hasta que lleguen de Africa no quiere adoptar ninguna resolución.

Mientras tanto el comandante Rostand y su prometida hablaban también sobre Albert y ella le decía:

—No puedo creer que ese muchacho se haya portado de la forma que dicen.

—También yo lo dudo—respondió el comandante—. Estoy seguro de que algo ha debido pasarle para obrar de tal manera... Si yo le pudiera hacer confesar... ¿Por qué no lo intentas tú?

—Lo procuraré esta misma noche—respondió la dama.

Y en efecto, algunas horas después, cuando todos estaban reunidos en el salón, la novia del comandante le dijo al teniente:

—Albert, aquí está usted entre verdaderos amigos y todos tenemos deseos de aclarar su conducta, en la seguridad de que no puede haber nada censurable...

—No la comprendo, señora—respondió el joven sonriendo.

—Quiero decirle que usted se sacrifica por alguien, que culla un secreto que molesta grandemente su reputación... ¿Por qué no es usted sincero?... ¿Por qué no quiere confesar el motivo de su silencio?

—No quiero aclararlo, porque no existe ningún secreto—respondió enérgicamente el joven oficial—. He dicho cuanto tenía que decir, y si ustedes me lo permiten me retiro.

La confesión de Albert en aquel instante hubiera sido suficiente para que cualquier mujer que no hubiera sido María se hubiese sentido humillada, pero ella amaba demasiado a Albert, tenía la suficiente confianza en él para seguir creyéndole incapaz de una acción deshonrosa y exclamó:

—Está bien. Ya que ha llegado la hora de las aclaraciones, he de decir yo también que no creo lo que ha dicho el teniente. Y para que comprenda cuál es la razón tengo en no creerlo, les diré que antes de marcharse éra-



El almirante miró extrañado a su hija.

mos novios y que por mi parte no hay ningún inconveniente en casarme con él cuando quiera.

El almirante miró extrañado a su hija. A pesar del afecto que sentía por Albert, él no podía consentir que su hija fuese la esposa de un hombre a quien se le acusaba de haber deshonrado el uniforme que vestía.

Albert, ante la declaración de su novia, la

miró amorosamente, hizo un saludo militar a cuantos se hallaban reunidos y se alejó del salón, donde continuó la fiesta, aun cuando sobre todos pesaba la actitud del teniente de navío.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

Precio
UNA pta.

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

QUINTA PARTE

Al día siguiente era el señalado para imponer la decoración al comandante Rostand. Los buques surtos en el puerto se hallaban empavesados y sobre el barco almirante, en el que prestaba actualmente servicio Albert, todos esperaban la llegada de los invitados.

A media mañana llegó el almirante, seguido de sus ayudantes y de un número de invitados que entraron al navio, revistando la marina que se hallaba formada sobre cubierta. Albert seguía ocupando su puesto y al pasar junto a él María le dijo:

— Cuando puedas ven a buscarme... Tenemos que hablar.

El almirante miró enérgicamente a su hijo, por aquella acción, que estaba en contra de la disciplina, y le dijo:

— Cuando un oficial está prestando servicio no se le puede hablar.

Poco después llegó el comandante Rostand, acompañado de su novia y ya tan solamente tuvieron que esperar el momento de imponer la decoración al comandante.

Segundos antes, mientras que el almirante hablaba en su camarote con Rostand, llegó al crucero el oficial que venía de África con los informes que el almirante había pedido. Precisamente era el mismo que había ido en la lancha y a quien Albert le había comunicado la triste situación en que se hallaba el destacamento. El único también que había sido testigo de la heroicidad del teniente, aun cuando no podía reconocerle, puesto que la ropa de árabe que llevaba puesta en aquella ocasión, le habían impedido saber quién era.

Al llegar a cubierta con la primera que se encontró fue con la prometida del comandante que le preguntó:

— ¿Viene usted de África?

— En efecto, señora— respondió él—. Traigo los informes que me pidió el almirante.

— ¿Y qué se sabe del teniente?

— Desgraciadamente es cierto cuanto se le atribuye— respondió el oficial.

En aquel instante se oyó la voz de Albert que daba órdenes a los marinos y el oficial exclamó:

— ¡Es él!



— ¡Es él!

— ¿Quién? — preguntó la prometida del comandante.

— Esa voz es la misma que la que el cuando me avisó de la urgencia de socorrer al campamento... El que allí se batió como un héroe contra un indígena que le atacaba.

— ¿Está usted seguro de lo que dice? — preguntó ella.

— Jamás podría olvidar esa voz — insistió el oficial.

La prometedora del comandante quedó convencida de que el que había realizado aquel acto heroico había sido Albert, y llevada de sus nobles sentimientos corrió al camarote del almirante para darle cuenta de cuanto sabía.

Introducido el oficial, confirmó las palabras de la dama y el almirante, sintiendo interiormente una gran satisfacción, abrazó al teniente de navío, diciéndole:

— Ahora sí que estoy satisfecho... La única sombra que impedía que hoy fuera un día feliz era la suya... Ya podemos ir a exhibir la que ha llegado el momento de honrar a nuestro amigo Rostand.

Sallieron todos, menos Albert y María, que quedaron en el camarote.

— ¿Era esto lo que me ocultabas? — preguntó ella sonriendo deliciosamente.

El bajó la cabeza avergonzado de que se hubiera descubierto su sacrificio y la muchacha le dijo alegremente:

— Te has librado de un castigo, pero no creas que te librarás de otro.

— ¿Otro castigo? — preguntó el teniente, sin comprender a su novia.

— Claro que sí — respondió ella —, el castigo de tener que casar conmigo... ¿Crees que después de haberlo declarado ante todos te puedes cobarde atrás?

Albert por toda contestación abrazó a su

novia y la besó por primera vez desde que tenían relaciones.

Al mismo tiempo se oyó la voz del almirante que gritaba desde la toldilla de mando:

—¡Teniente Albert!

Pero el teniente no le hizo caso y siguió abrazado a su novia, hasta que nuevamente el almirante le gritó:

—¡Teniente Albert!

—¡Tengo que irme!—respondió el teniente—. Tu padre me llama.

—No le hagas caso—exclamó ella, volviendo a retener a su novio—. Ya te llamará otra vez.

Y en efecto, el almirante, al ver que no llegaba el oficial, insistió en su llamada gritando enérgicamente:

—¡Teniente Albert!

Ahora es cuando ya no puedes dejar de ir—le dijo su novia. Y besándola por última vez corrió a cubierta, para presenciar como era condecorado su amigo, por quien hubiera sacrificado todo cuanto hubiese sido necesario, con tal de que aquella ocasión no la hubiese perdido.

Mientras que la marinería saludaba al comandante, la prometida de éste miraba al

teniente agradeciéndole con la vista cuanto había hecho por el comandante, como indicándole de que ella sabía a qué se debía aquel sacrificio que quiso imponerse tan noblemente.

FIN

No deje de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas.

El signo de la Cruz
I. F. 1. no contesta
King Kong

Estos tres títulos forman el
TRIUNVIRATO
de las tres fantásticas producciones
1 9 3 3 - 1 9 3 4

Las cuales aparecerán en
Ediciones
Biblioteca Films

King Kong
I. F. 1. no contesta
El signo de la Cruz

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

(La más antigua novela cinematográfica)

YA ESTA
A LA VENTA

EL
ACONSEJAMIENTO
DE LA TEMPORADA

Precio :
UNA peseta

Producción cumbre
de la invleta marca



Es una novela llena de sublime emoción, de
belleza de sentimientos incomparables, fiel
demostración de los tiempos paganos del an-
tiguo Imperio romano, aparece en esta novela
tan viviente real, que estremece de emoción.



PEDIDOS A:
Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona